

Hay detrás de esto todo un proceso social que la autora señala y ejemplifica de modo implícito y sin recargar las tintas.

HERNAN POBLETE VARAS

<https://doi.org/10.29393/At452-34NALS10034>

NADJA

De André Breton

Traducción y prefacio de Braulio Arenas.

Editorial Universitaria. Santiago 1986.

Bella edición. Libro de lujo. Quizás el más extraordinario texto narrativo de André Breton, escrito con las facultades del estilo clínico. Dos o tres maestros modernos sellan el destino de toda una juventud: Rainer María Rilke, André Gide, André Breton. Aquí, por lo menos, se nos había majadereado tanto con que los recién nacidos venían de París, que, buscando acaso de nuevo el claustro materno, en una típica manifestación freudiana, nos obsesionamos con el rescate de París. En el prefacio, magistral prefacio en todo el sentido de la palabra, Braulio Arenas revela que no saca nada con evadir la marca (sí, la marca, no la impronta) surrealista de su destino. Braulio Arenas nació surrealista y morirá surrealista. Lo comentábamos un día con Enrique Gómez-Correa, en la esquina de Huérfanos y Ahumada (esquina norponiente, para usar la exactitud facultativa de Breton). En el prefacio de *Nadja* (prefación, más bien), Braulio Arenas, Premio Nacional de Literatura 1984 gracias a la virtud justiciera de verdaderos conocedores de la revolución que implicó en Chile la aparición del Grupo "Mandrágora", diserta sobre el maestro Breton a corazón abierto. Es subyugante y patética, por ejemplo, la inocencia, digna de un legítimo surrealista, con que expone el nerviosismo que hacía presa de él y del gran poeta Rosamel del Valle, en 1929, ante la expectativa de la llegada de los primeros volúmenes de *Nadja*, obra aparecida en 1928 en París, a ciertas librerías de Santiago. "Estábamos en 1929 —escribe Brulio Arenas—, y no sé ahora, en 1986, cómo se podía estar todavía con confusos proyectos, todavía sin comprender seriamente 'la lucha por la vida' (pero, ¿realmente se puede emprender tal combate?), sin saber cómo se podía estar con tanta juventud, con tanto misterio, con tanta ciudad girando en pleno por encima de nuestras cabezas (el mismo Rosamel daría buena cuenta de Santiago, de este carrusel de calles, de bares y de mujeres, ese mismo año, en su hasta ahora maravilloso *País blanco y negro*.

Reconoce Braulio Arenas: "*Nadja* no era para nosotros el comienzo de la palabra esperanza, sino la esperanza redonda, la esperanza entera".

Nadja en verdad es la novela clínica de esa enfermedad que algunos sostienen que se cura con los años y que se llama juventud. ¿Quién que no estuviese desprovisto del anhelo de conocer "la otra cara del sueño" no la vivió así? A título propio, pertenezco desde luego a una generación que varios años después salió desesperadamente en busca de "*Nadja*". La divisábamos en los vericuetos nocturnos de unas callejuelas de la

periferia. Queríamos tocarla y ya no se encontraba allí. Tenía yo un amigo que afirmaba descender por instinto directamente de Gerardo de Nerval y que, por lo tanto, moriría por su gusto colgado de un farol. Temía yo, al salir con él, que en cualquier momento, en mis propias barbas, procediera a materializar su proyecto nervaliano. Para distraerlo de esta obsesión romántica, yo le proponía otra aventura romántica: dar con el paradero de "Nadja". Para eso íbamos más lejos que descender a los bajos fondos del espíritu. Sin miedo y sin tacha, nos internábamos en los bajos fondos de la ciudad. Conseguí, finalmente, disuadir a mi amigo de su gestión suicida, atrayéndolo a la idea de los secretos de las ventanas en cuanto a que tras de alguna de ellas debería de ocultarse la faz de "Nadja".

Logramos verla. Estaba viejecita y repetía una salmodia relacionada con la "tristeza de la vida". Virando rápidamente para registrar repetida la visión, ésta había desparecido. La ventana ofrecía señales de no haber sido abierta en mucho tiempo. Comprobamos de este modo que todo lo dicho por Breton en su acertijo a través de las calles de París correspondía fielmente, con testigos irrecusables, a la magia ambulatoria de la juventud.

Pasados unos buenos lustros, hube de ir a esperar a una persona de mi familia a un terminal de autobuses interprovinciales cercano a la Estación Mapocho. Era de día. Cándido como una paloma, me sorprendí de pronto en una calle en que, a una hora muy temprana, "mujeres auténticas de labios pintados de rojo" según decía el hoy finado Alfonso Reyes Messa, nuestro 'Alfonso XIII' de los años 50, arracimaban sus partes más redondas y blandas en apretada síntesis en los vanos de unos ventanucos. Al principio creí encontrarme en la atmósfera en que Breton buscaba a "Nadja". Alzando no sin insólita y casi adolescente aprensión la vista, leí el nombre de la calle: "Hurtado de Mendoza". A Diego Hurtado de Mendoza se ha atribuido más de una vez la composición del "Lazarillo de Tormes", pieza clave de la novela picaresca española. Caminando a esa hora por "Hurtado de Mendoza" con tal espectáculo ante mis ojos, espanté la tesis realista de la picaresca con el pensamiento lírico de la irreabilidad de "Nadja".

FILEBO
Las Últimas Noticias
Santiago 15-6-86